LA CONTRIBUCIÓN A LA PASTORAL VOCACIONAL DEL CONGRESO EUROPEO DE VOCACIONES

---

*Enrico Masseroni, Arzobispo de Vercelli, miembro de la Comisión Episcopal
para el Clero y la Vida Consagrada*

Me gustaría mantenerme fiel a la consigna: esta contribución a la pastoral vocacional, a partir del Congreso Europeo celebrado en Roma en mayo de 1997 (7-10 de mayo de 1997), viene propuesta en forma de testimonio, sin la pretensión de agotar todos los contenidos, que por otra parte fueron extraordinariamente numerosos. Por esta razón se remite a las Actas, y sobre todo al Documento Conclusivo, que por otro lado ha tenido singular fortuna en todas las Iglesias del viejo Continente.

Todavía, muy dentro del recorrido del testimonio vivido, dos perspectivas me parecen plausibles: la primera es releer aquel acontecimiento de pastoral europea haciendo memoria de algunas esperanzas que han atravesado la gozosa tarea del Congreso; y después, no menos importante, me parece útil releer las perspectivas pastorales maduras, para hacernos conscientes después de siete años, de la actualidad para la praxis de nuestras Iglesias.

La riqueza de los participantes, el número de los delegados (253 prove-

nientes de 37 naciones de Europa), la intensidad de la escucha y del diálogo, el clima de oración, la coralidad carismática y ministerial proveniente de las diversas Iglesias, las representaciones ecuménicas de la Europa cristiana han originado un horizonte extraordinario de gracia. No ha faltado la percepción humilde, aunque no siempre manifiesta, de una Europa diferente, diversa de la de la economía o de las grandes asambleas políticas siempre puntuales en el escenario de los medios.

En la intención del Santo Padre los Congresos continentales sobre vocaciones tienen la finalidad de verificar y relanzar las grandes perspectivas de la profecía conciliar; pero el Congreso Europeo se ha insertado en una segunda onda profética: que es el común pensar pastoral dentro de un horizonte "Europa". En el Congreso hemos aprendido a pensar los problemas en términos europeos.

Ya el título ha anticipado la dinámica abierta y comprometida del Congreso "Nuevas vocaciones para una nueva

Europa". Para decir de una vez que la Europa de las vocaciones debe alejarse saliendo de los recovecos del pequeño cabotaje para mirar el futuro. Por lo tanto el Congreso no se enfrenta solo con la profecía del Vaticano II, sino que se mide animosa y humildemente con desafíos provenientes del futuro; y esto acuciados por problemas comunes, por caminos de memoria histórica, por la urgencia de afrontar la empresa común de la nueva evangelización en el Continente de las antiguas raíces cristianas comunes, pero traspasadas por los vientos impetuosos del secularismo (alegre) superficial.

“Hemos estado faenando toda la noche” (Lc 5,5)

El subtítulo del Congreso ha tomado prestadas las palabras de Lucas en griego y en latín: “In verbo tuo” (por tu palabra) (Lc 5,5) De pronto nos hemos sentido interpretados por las palabras de Pedro en el lago de Genezaret: “*Maestro, hemos estado faenando toda la noche y no hemos pescado nada; pero por tus palabras echaré las redes*” (Lc 5,5).

Esto ha significado una inmersión total en el “*realismo de los números*” y en el “*realismo de la esperanza*”.

La noche insomne, desengañados por las redes vacías, cuenta un segmento no poco significativo de la pastoral vocacional a partir sobre todo del Concilio Vaticano II. En las Iglesia de Occidente fueron muchos los que experimentaron la desalentadora desproporción entre el trabajo generoso y la

escasez de resultados. Así la noche insomne, en las Iglesias de Oriente, ha traído un alba ansiosa de emprender el camino, pero aún insegura sobre qué camino tomar.

En resumen la fatiga sin resultados que animen, está ante los ojos de todos: las Iglesias de Occidente y en particular la italiana han vivido la fase experimental de la pastoral vocacional con una creatividad extraordinaria unida a la fantasía y a la generosidad de tantos animadores, sacerdotes, consagradas y consagrados.

Además la teología de las vocaciones ha dado pasos considerables. En muchas Iglesias se ha caminado ya más allá de la fragmentariedad de experiencias para hacer recorridos (currículos) más precisos con los jóvenes atentos al proyecto de Dios. El mismo magisterio episcopal se ha concentrado bastante en este tema tan vital para el futuro de la comunidad eclesial. Y todavía tenemos ante nosotros la desalentadora objetividad de los números, que presenta despiadadamente la desproporción entre trabajo y resultados, como no se ve en los demás ámbitos de la pastoral de la Iglesia.

Todos los participantes tenían ante sí los diagramas del reciente decenio 1985-1995 . frente al crecimiento de la población europea en un 4'27% el número de los sacerdotes diocesanos y religiosos ha registrado un descenso del 13%. El bajón numérico de las vocaciones constituía un fenómeno que atravesaba toda la Iglesia, tanto en versión masculina como femenina. El discreto aumento de seminaristas mayores

no llevaba a cubrir los puestos de presbíteros dejados por muerte o defección.

Todavía más preocupante el bajón numérico en las congregaciones femeninas (-25%), sobre todo en los países de cultura occidental.

Así la evidente distancia entre trabajos y resultados, entre compromiso pastoral y descenso de vocaciones ha provocado en la Iglesia la difusa patología del cansancio y de la resignación, sobre todo en los responsables directos de la animación vocacional. Tal estado de ánimo no ha dejado de aflorar muchas veces en el mismo Congreso. En suma, la amarga constatación de Simón en el lago de Galilea –“hemos trabajado toda la noche...”– no ha dejado de encontrar eco en no pocos participantes, sobre todo provenientes de algunos países del Continente.

“In verbo tuo” (Lc 5,5)

Aún en fase de preparación, se ha buscado interpretar el ímpetu de Simón: “*Pero por tu palabra echaré las redes*” (Lc 5,5). Por lo tanto la demanda que ha traspasado la fase de vigilia ha mirado los objetivos del Congreso: “¿Cómo y dónde alejarse para echar las redes?”.

Ante todo en la dirección verdadera de la vocación, en la perspectiva eclesiológica del Vaticano II. Las vocaciones no son periféricas o superfluas en la Iglesia-misterio, sino el rostro dentro del horizonte de la comunión, de la ministerialidad y de la misión.

El segundo objetivo fue inmediatamente identificado en el clima de gracia

del mismo Congreso: las Iglesias hermanas eran llamadas a vivir la riqueza irrepetible del intercambio de dones o también de las diversas experiencias pastorales en relación a este delicado capítulo de las vocaciones.

Y naturalmente, más allá del intercambio se ha advertido enseguida la exigencia de motivar para la Iglesia el paso de la experiencia extraordinaria en el campo vocacional a los caminos ordinarios. La pastoral vocacional no es marginal ni ocasional, sino que urge a realizar camino en los surcos de la pastoral ordinaria de la comunidad cristiana.

Pero sobre todo se ha revisado en la esperanza no sólo el clima que habría debido connotar la celebración del Congreso, sino el objetivo del mismo reunirse. Se trataba de regenerar la esperanza para partir como Simón: la noche se ha dado mal, “pero por tu palabra...” vuelve la aurora, la voluntad de futuro. Y así la esperanza, durante el Congreso, ha salido fuertemente remotivada; sobre todo mirando con realismo en el horizonte del mundo interior de los jóvenes muy afectados por el viento de secularismo y de la fuerte ráfaga de nihilismo.

La esperanza, pues, no es miope: ella sabe bien que está llamada a vivir en una cultura –sobre todo la occidental– del “hombre sin vocación” (NVNE, 11); sabe bien que la “complejidad y el subjetivismo pueden hacer ardua la orientación de la libertad de los jóvenes hacia Jesús” (Mensaje para la comunidad eclesial, 3).

Pero la esperanza es también consciente de que los jóvenes de Europa son

“portadores de grandes valores” y “no faltan serias nostalgias de Dios y claros signos de la acción del Espíritu”; la misma “estructura antropológica abierta a la trascendencia puede ser perturbada pero no destruida”. Y sobre todo la esperanza “se fundamenta en la certeza de que en cada vocación hay un primado absoluto y eficaz de Dios, el cual actúa también en tiempos difíciles y permanece Señor de la vida y de la historia” (Mensaje a la comunidad, 3).

En suma la esperanza se funda en el realismo de la noche, pero también en el realismo de un nuevo día que toma su arranque en una palabra fuerte, creadora y regeneradora: “En tu palabra” (Lc 5,5).

Conciencia compartida: en las vocaciones el destino futuro de la Iglesia

Sin embargo algunas convicciones compartidas han cruzado la reflexión y la experiencia de los participantes. La pastoral vocacional no figura como un capítulo entre otros, sino una especie de papelito tornasolado de la bondad de la institución pastoral de una comunidad. Ciertamente el compromiso más arduo que demanda a todos los componentes de una Iglesia y la motivación está apareciendo continuamente: hacer pastoral vocacional no significa comprometer la persona “ad tempus” para hacer alguna cosa en el ámbito eclesial (como en la experiencia de catequesis, de animación o voluntariado). Se trata muchas veces de comprometer la vida en la perspectiva de elecciones que duran para siempre.

Las llamadas de Dios comprometen en su raíz la libertad de la persona y de los jóvenes en particular; y se encuentran con la cultura gravemente alérgica a todo aquello que tenga gusto a definitivo, al para siempre, al “entregar todo”. Entrar en la relación que hay entre “llamada de Dios y respuesta libre” con el arte del discernimiento paciente y oculto no es una práctica corriente ni fácil. El triángulo *Dios que llama, la persona llamada y la presencia educativa* no es fácil de componer: está en juego la libertad del hombre en una decisión que marca el destino de una persona para siempre.

Quizás se encuentra aquí sobre todo la fatiga de la pastoral vocacional: ésta compromete el ser de la persona, no su hacer contingente y provisional solamente. Y así con demasiada frecuencia la pastoral vocacional pasa a los márgenes de la comunidad a través de mecanismos perdurables de delegación o de alejamiento porque es el ámbito más difícil de la praxis pastoral, y quizás el menos gratificante porque es el más pobre en resultados.

Por otra parte el Congreso ha identificado en la pastoral vocacional la perspectiva unificadora, el ADN de toda pastoral. Hacer pastoral significa “hacer” cristianos y cristiano se llega a ser no a través de la adhesión a un código ético, sino a través de un encuentro, el único que hace “ser más”. Pensar la pastoral, en perspectiva vocacional, significa que el binomio “vocación y misión” es estructural en la formación de la vida teologal de los creyentes en Cristo.

Por lo tanto la pastoral vocacional no es un ámbito cercano a los otros; sino una dimensión transversal de todo sector pastoral. Todo ministerio educativo en la comunidad es naturalmente vocacional porque, en definitiva el arte de hacer pastoral consiste en crear todas las mediaciones útiles para hacer que los jóvenes se encuentren con el Señor Jesús, el modelo de obediencia al Padre.

También por esto fue palpable la conciencia que el trabajar por las vocaciones significa, más que los demás ámbitos de la vida eclesial, acompañar el cambio cultural que lleva a imaginarse el rostro futuro de nuestra comunidad; ciertamente menos clerical y más ministerial, en la que los dones vocacionales, más densos de su matiz carismático, estarán llamados a ser signos más nítidos del misterio de Dios.

La pedagogía de las vocaciones no debe solamente provocar a la Iglesia a reorganizarse en el terreno. No nos caben dudas en cuanto al cuidado: la historia está para recordarnos la singular ductibilidad en reorganizarse según las exigencias inducidas del desarrollo histórico-cultural. Se piensa por ejemplo en la bimilenaria evolución de la comunidad parroquial a través de las diversas estaciones de la historia.

La pedagogía de los dones que diseñarán el rostro de la Iglesia debe mirar a la transparencia de los signos, de modo que la vida sea testimonio de un preciso proyecto de Dios. Y la misma comunidad cristiana, más allá de su renovación organizativa, deberá ser una verdadera comunidad de “rostros”, por-

que “hay muchos dones, pero uno solo es el Espíritu” (1 Cor 12,4)

Los cuatro puntos cardinales de la pastoral vocacional

La mirada constante al mundo juvenil

Entre el realismo de los números que parece favorecer el desánimo y el realismo de la fe que justifica la esperanza, el Congreso ha vivido el “*realismo del discernimiento*” en la geografía vocacional de Europa. Esto ha significado una lectura perspicaz de la cultura hegemónica en el mundo juvenil en relación a la vida como proyecto.

De pronto me ha parecido difícil definir “de modo unívoco y estático la situación europea en el plano de la condición juvenil y de los inevitables reflejos vocacionales” (NVNE 11). Es una Europa cambiante la que se asoma a los albores del III milenio, no solo desde el punto de vista histórico-político (Este-Oeste), ni por las diversas tradiciones y culturas (greco-latina, anglosajona y eslava), sino por los resultados culturales en el plano juvenil: ni por las persistentes y dramáticas crisis en el ámbito vocacional en muchas Iglesias de Occidente; sino unidos también los signos animantes del florecimiento en las Iglesias de Oriente o por la tímida continuación en algunas determinadas Iglesias de Occidente obstinadamente fieles a un trabajo inteligente tenida en la inmediata estación post-conciliar.

La mirada del discernimiento se ha dirigido a los jóvenes de Europa porque es éste un punto cardinal que jamás po-

demos perder de vista, tanto de parte de la comunidad cristiana como de los educadores. Sobre todo hoy que la metamorfosis del mundo juvenil es rápida. Se necesita poco para encontrarse fuera de juego en cuanto a sintonizar con las generaciones que se suceden. Entre “reivindicaciones de la subjetividad y el deseo de libertad” (NVNE 11), en el pántheon creado por el secularismo superficial, parece que el modelo antropológico del hombre actual sea el hombre “sin vocación” y por tanto privado del sentido trascendente de la vida.

No hay duda de que Europa, traspasada por la cultura antivocacional, presenta sobre todo dos instancias: por una parte la urgencia de una nueva evangelización y por otra la urgencia de “discernimiento” como actitud positiva frente a la historia.

Sobre la necesidad de un nuevo anuncio del Evangelio el Congreso ha sido explícito, hasta declarar que “la vocación es el corazón (núcleo) mismo de la nueva evangelización en los albores del tercer milenio” (NVNE 12). Anunciar la vida como vocación significa hacer salir al hombre de la cultura de la inmanencia y liberar a los jóvenes de una condición de orfandad, para ayudarle a descubrir que la vida encuentra su sentido más alto en una experiencia de respuesta irreplicable. El Evangelio de la vida como vocación pasa naturalmente por la senda maestra de la santidad como vocación universal, radicada en la identidad bautismal.

No menos, la compleja y diversificada fenomenología de la cultura europea pone la exigencia del discernimien-

to como actitud crítico-evangélico en la historia y la geografía de Europa. En verdad el Congreso ha sido especialmente perspicaz en diseñar el horizonte objetivo de la cultura juvenil europea; un poco difuminado en el indicar una mirada positiva frente a la patología inquietante y a las señales de novedad del viejo Continente.

Por lo tanto la esperanza no viene animada solamente por las señales positivas y por la certeza de que Dios está en acto también en la historia salvífica del tercer milenio; la esperanza es un don, pero juntamente vida teologal, mirada positiva sobre la historia. Quizás el enfoque de los criterios de juicio sobre el hoy de Europa, más allá de la fenomenología de la cultura antivocacional, habría vigorizado más eficazmente la actitud de tantas obras pastorales. Sin olvidar la difundida tendencia de la comunidad cristiana a un cierto cansancio para reconocer las señales positivas de la historia y una cierta agravación de lo negativo, que de ordinario genera pesimismo, escepticismo y hasta depresión.

El problema “esperanza” hoy pide una mirada positiva, teologal, para saber ver a la luz de la Palabra de Dios, iluminado por el Espíritu, el nuevo que germina bajo los desperdicios del bosque.

Cristo proyecto del hombre

El segundo punto cardinal para orientarse y animarse al crecimiento de una cultura vocacional en el viejo Continente es el kerigma, el anuncio de

Cristo como el único hombre verdadero, “el primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29). Es en efecto una idea estratégica bajo la implantación teológica de la pastoral vocacional: comunicar sobre todo a los jóvenes la necesidad absoluta de Dios para que el hombre sea verdadera y plenamente hombre. Perdurar en efecto un prejuicio cultural en el siglo XX, el siglo del hombre, que constituye la onda expansiva de la filosofía dominante en el siglo XIX: decir sí a Dios significaría decir no al hombre; Dios sería la negación, el límite del proyecto antropológico.

Al contrario, la teología enfoca la vocación como un verdadero horizonte antropológico para llegar a afirmar la “cristología en el fundamento de toda antropología y Eclesiología” porque “Cristo es proyecto del hombre” (NVNE 15).

La clave cristológica abre el horizonte del hombre en el misterio trinitario: en el Padre, que llama a la vida evocando el amor gratuito como vocación de cada hombre; en el Hijo, que llama al seguimiento evocando el amor con don de la vida; en el Espíritu Santo, que llama al testimonio evocando la santidad como vocación universal.

Pero juntamente, la clave cristológica en el mismo misterio de la comunidad eclesial; en esta la vida de cada hombre asume una estructura vocacional en la cual muchos dones se configuran como “llamada y respuesta”. La Iglesia se convierte así en la madre de las vocaciones.

De aquí la necesaria y correcta “relación” entre el ministerio ordenado,

vocaciones de especial consagración y las demás vocaciones”; “De aquí la traducción pastoral: el ministerio ordenado para todas las vocaciones y todas las vocaciones para el ministerio ordenado en la reciprocidad de la comunión” (NVNE 22).

La atención de toda la comunidad al ministerio ordenado no es, por lo tanto, justificada en la crisis contingente, sino en la misma naturaleza del ministerio como la “primera modalidad” del anuncio del Evangelio y como ministerio necesario al ser de la comunidad a través de la celebración de la Eucaristía.

Por otra parte, la preocupación de las vocaciones de parte del ministerio ordenado es buscada en la naturaleza misma de la comunidad como comunidad de los dones, con particular atención a algunos signos vocacionales (vocaciones monásticas y vocaciones consagradas en la vida apostólica) que encarnan la profecía de la Iglesia en la historia.

Quizás el Congreso no ha aportado mucho inédito sobre la teología de la vocación: pero ciertamente ha enfocado dos sinergias. Una vertical: el hombre realiza plenamente su propia existencia abriéndose a la llamada con una respuesta personal e indelegable. El dinamismo de la inquietud antropológica se aplaca sólo en Dios.

La segunda sinergia es la horizontal, en la comunidad eclesial, en la cual toda vocación es solo signo de un aspecto del misterio de Cristo y por tanto se abre a los otros en una relación de “relatividad” y de “necesidad” en la re-

reciprocidad de la comunión. Toda vocación es relativa porque expresa sólo un aspecto del misterio de Cristo; pero es también necesaria, porque cada una con la otra, dice la totalidad del cuerpo de Cristo “imagen del Padre”.

El primado de la comunidad cristiana

Dos *preguntas* parecen haber orientado la afirmación del primado de la comunidad cristiana como “comunidad de rostros”, como comunidad vocacional y ministerial. Una de carácter teológico: “¿Dónde se actualiza el misterio de la Iglesia como ‘mysterium vocacionis’?”, y la otra de carácter pastoral: “¿Dónde es pensable imaginar ese salto de cualidad tan auspiciado en el inicio del Congreso?”.

El Congreso ha anticipado en alguna manera toda la sucesiva reflexión sobre la parroquia, surgida ya a nivel europeo y sobre todo a nivel italiano.

Y en la parroquia donde la pastoral vocacional puede convertirse en perspectiva originaria de la pastoral en general; y en la comunidad cristiana que asume lo concreto el desafío de “vocacionalizar” toda la pastoral, para que la educación en la fe sea educación en la respuesta al proyecto de Dios sobre toda persona; es siempre en la parroquia donde la pastoral vocacional implica a todos de modo permanente, gradual y progresivo en la construcción de la propia identidad ante Dios y los otros.

Y sobre todo en la comunidad cristiana donde la pastoral vocacional puede convertirse en la “perspectiva unificadora de la pastoral juvenil”

(NVNE 26). Y en la comunidad donde se pueden diseñar los “itinerarios vocacionales” (palabra, liturgia, caridad, año litúrgico) capaces de respetar y de estimular los ritmos de crecimiento hacia una precisa identidad cristiana sin diluir la fe en el abanico de los valores.

Y, en fin, en la parroquia, en los surcos próximos y periféricos de la Iglesia particular, que se expresan los “lugares-signo” de la vida-vocación (las comunidades monásticas, religiosas y seminarios) los lugares pedagógicos de la fe (grupos, movimientos y asociaciones).

Pensando de esta manera en la parroquia comunidad eucarística y comunidad de bautizados es posible imaginar en concreto la Iglesia madre que genera los nuevos creyentes en Cristo y los llamados para una nueva Europa. Antes se hace posible imaginar la superación de una praxis vocacional de reclutamiento, de propaganda, para pensarla como un verdadero servicio a las personas, como superación de la delegación en el cirineo itinerante para llegar a ser conciencia educativa de cada pastor y de cada formador en la comunidad cristiana.

La mediación educativa

Los cuatro puntos cardinales de la pastoral vocacional emergidos con fuerza en el Congreso están claros: la atención al hombre, en un contexto europeo en el que predomina una antropología anti-vocacional; la atención kerigmática y catequística en Cristo “corazón” de la nueva evangelización; el enfoque de la comunidad cristiana

como lugar concreto e icono del ‘mysterium Trinitatis et Ecclesiae’; y, finalmente, la *mediación educativa*.

Hasta ésta, quizás, es una de la novedad interpretada incisivamente en el Congreso. Más allá del análisis y la reflexión teológica, una pregunta ha traspasado el encuentro europeo: “¿*Qué haré, y sobre todo cómo actuar cerca de los jóvenes para solicitar mayéuticamente en ellos las preguntas cruciales ante la vida? ¿Cómo hacer la propuesta vocacional?*”

De aquí la atención difundida en el capítulo pedagógico de la pastoral que parece interpretar dos exigencias: por una parte reclamar el papel decisivo de los educadores en una comunidad cristiana que quiera ser una comunidad de fe. Siempre en la perspectiva de una pastoral vocacional bien sentada en el contexto de la pastoral juvenil y en el activo de un proceso educativo en la fe madura. Por otra traducir en términos precisos la “*pedagogía descendente*” de Jesús.

La secuencia de palabras que prefiguran una presencia educativa prudente cerca de los jóvenes en busca, parece evocar la misma pedagogía de Jesús, siempre el primero en llamar y en suscitara repuestas generosas. No son los discípulos los que eligen al maestro, sino Jesús quien los llama al seguimiento (Jn 15,16). También en la dinámica del deseo, de una iniciativa aparentemente humana, es la expresión de una respuesta.

Por lo tanto la pedagogía de la vocación se resume en cinco verbos “*sembrar-acompañar-educar-formar-discernir*”, todas expresiones que tra-

zan la dialéctica de una pastoral personalizada, activa, puntual, capaz de motivar y de animar respuestas auténticas, sintonizadas en la voluntad proyectual de Dios. Los cinco verbos señalan que la pedagogía vocacional no se pone a la defensiva, no se deja a la iniciativa del deseo humano; sino busca interpretar, a través de los educadores y en particular los sacerdotes, la llamada de Jesús. Sobre todo mientras emergen en el corazón de los jóvenes los signos objetivos que revelan el código del misterio de Dios que opera en la existencia humana. Porque está aquí el arte educativo de todo formador presente en la comunidad cristiana: saber discernir los signos objetivos en los jóvenes y saber señalar al Señor que está en el fondo. Como jóvenes que saben señalar a Jesús a los propios amigos: “he aquí el ángel del Señor” (Jn 1,36).

¿Dónde pues el salto de cualidad?

La pregunta era una constante en el Congreso: “¿*Cuál es el salto de cualidad en la pastoral de las vocaciones?*”. En verdad la pregunta nunca se diluyó mientras escuchábamos muchas experiencias, que daban, a veces, la impresión de una especie de collage más que designar perspectivas concretas de novedad pastoral.

La cuestión del salto de cualidad ha encontrado eco explícito en el Mensaje conclusivo para la comunidad eclesial y parece se puede resumir en tres características que califican la misma pastoral vocacional.

Señalando la parroquia como el

lugar más natural y cotidiano de la nueva pastoral de las vocaciones en Europa, si quiere evocar ante todo la *popularidad*. La animación vocacional en sentido amplio no es un empeño de algunos cirineos consagrados a un trabajo a menudo defraudante, sino que es el testimonio de una comunidad viva. La gente debe saber que las vocaciones no vienen de la parroquia cercana, sino son generadas en el propio regazo a través del misterio del Espíritu siempre actuante en la historia. De aquí la participación no ocasional, de parte de sanos y sufrientes, en el *monasterio invisible* de la plegaria. Porque la pastoral vocacional es el problema que debe ponerse de nuevo en los surcos de toda parroquia, recuperando así su índole popular.

En segundo lugar la pastoral vocacional es una obra coral; y la *coralidad* supone que en una comunidad parroquial la aportación a la pastoral vocacional no es genérica y por tanto no es idéntica en todos.

Si todos, en especial presbíteros y consagrados deben hacer visible un testimonio pascual y bello de la propia identidad carismática, cada uno desarrolla de modo original la propia función pedagógica: los padres son llamados a garantizar en familia un clima positivo de fe capaz de favorecer la libertad de los hijos en su elección de la vida; los catequistas son animados a presentar la visión global de la fe no en

términos de valores abstractos, sino como respuesta concreta en el seguir al Señor; los pastores y consagrados son llamados a dar testimonio discreto y entusiasta de la propuesta descendente de Jesús, tomando la iniciativa en el llamar.

Solo así la coralidad de la pastoral se hace dinámicamente reconocer en la popularidad, sobre el fondo de una comunidad orante y consciente, ser el espejo de la Iglesia “*mysterium vocationis*”.

Naturalmente no podemos omitir una tercera nota: su *prioridad* en el corazón de la comunidad y de los pastores en particular respecto a tantas cosas por hacer, muy importantes y útiles. Eso significa poner en primer lugar las personas y su formación en la fe; quiere decir preparar el futuro de una comunidad verdaderamente vocacional y ministerial para ser misionera.

Y el primado de la intencionalidad vocacional, ese que entra en los pensamientos, en la oración y en la pedagogía cotidiana de toda comunidad, no está reservado a cada uno; sino que es compromiso de todos, sobre todo de aquellos que tienen competencias o misión educativa en la comunidad parroquial; porque la esperanza de nuevas vocaciones en Europa del futuro está confiada a las manos de todos.

(*Vocazioni*, 5 (04) 57-66)